

# EL ESCRITOR Y EL ESPÍRITU

Walter Schaefer T.

**León** Valter siempre había sido atraído por el ocultismo. Aquí y allá fue logrando conocimientos dispersos, lecturas de Tarot; momentos de su vida en los cuales creyó haber visto o escuchado algo, citas de libros prohibidos... ¡en fin! Como autor se consideraba capaz —fuese verdad o no— de escribir sobre el tema. Había recibido la invitación a participar en un certamen internacional de cuento. De inicio constituía un premio para él el haber sido invitado: ¡el correo electrónico iniciaba con su nombre!... no había duda.

Escribía desde que tenía uso de razón. Su pobreza no le había permitido jamás financiar la publicación de un libro y debía conformarse con que un diario o revista local le aceptase algún artículo: eso sí, siempre sin paga. Hoy, había impreso la invitación de la prestigiada editorial y lucía en un sencillo marco en la mesa de cocina donde escribía. Ciertamente, había sustituido la imagen de sus hijos, esos que jamás lo recordaban, seguramente desilusionados del eterno fracaso del padre. Definitivamente la invitación era hoy su orgullo mayor... la joya de la corona. ¿Cómo sabrían de él? Seguramente algún directivo o agente literario habría leído algo... tal vez su talento era un tanto mayor de lo que él mismo consideraba, tras una vida de rechazo y tímidos intentos. Su humilde empleo le permitía subsistir con más comodidad ahora que su familia le había abandonado. Diariamente se apresuraba a llegar temprano a casa a preparar su eterno café y escribir. Con orgullo se identificaba con Balzac: la miseria no les dejaba más diversión que sus incontables tazas... y crear. Era un hombre de mediana edad y no esperaba ya una larga vida. Pertenece a una sociedad de escritores, lo que le causaba más pena que orgullo al asistir a presentaciones de libros y más aún al acudir a velaciones de literatos, al advertir sobre el féretro las tres, cinco... siete obras del escritor que le acompañaban en el último adiós. Cuando llegase su día tal vez colocarían algunos diarios que le aceptaron publicaciones y con suerte tal vez algún libro. Se divertía en su interior pensando que, en ese caso, tal vez colocarían varios ejemplares... idénticos! Hoy lo había decidido. Su catafalco luciría esa invitación editorial. Por supuesto sus compañeros sonreirían con simpatía, lástima o mala fe: distaba años luz de ser un premio. Por el momento lo consideraba su mayor logro literario. Dios bendiga a quien lo incluyó, jamás sabría lo que significó para él. Dejemos

la filosofía y a la acción!, se dijo. ¡Una puerta se abría... no!, una rendija y por allí intentaría formar parte de la antología. Ciertamente, había un gran premio que equivalía a más de su ingreso anual, pero basta ya de soñar... el tema era libre. Lo decidió después de releer incontables ocasiones la invitación y cerciorarse que a él se dirigía: eligió un relato sobre espíritus, su tema de eterna fascinación. Preparó su enésimo café con renovada energía; la idea era prometedora y además hoy era ya un escritor solicitado, al menos por alguien. Inició. La escena sería precisamente donde él se encontraba. ¿El personaje principal? Él mismo. ¿El tema? Un escritor que con su obra convocara a una entidad que llegara a ser su eterna compañía.

El cuento avanzaba, era a la vez un llamado a alejar su soledad. ¡Sí! Un ser de otro plano sería ideal; unidos y sin embargo cada cual en lo suyo. Las reglas del certamen no le permitían exceder las veinte cuartillas. Mejor aún, siempre había considerado que la brevedad facilitaba la calidad.

Página cinco. El conjuro a otro ser tomaba forma; posiblemente sería más parecido a un pacto, cada cual aportaría en beneficio mutuo; el uno con su presencia física, el otro con su energía pura.

Página ocho. ¿Sería tan solo su imaginación? Percibía una presencia en el ambiente; ligera aún, incipiente. Continuó, intentando determinar si la sensación cobraba fuerza. Decidió suspender por hoy, mentiría si afirmara que la situación no le atemorizaba. Durmió más de lo acostumbrado. Seguramente la sensación de logro le brindaba al fin cierta paz. Antes de la invitación se definía como alguien que escribía. Hoy, si alguien preguntara afirmaría con orgullo: soy escritor. Por fortuna era su día libre; se preparó un desayuno tan completo como su alacena lo permitía. Aun así, no podía separar su mirada de las hojas acumuladas a su lado. No era tan solo el certamen o el sentimiento, sino la extraña fuerza que lo instaba a continuar. Hizo a un lado el alimento y tomó el escrito casi con desesperación. Su pluma fluía y sí... definitivamente una tenue figura tomaba forma. ¿Creación o conjuro?

Página diez. Continuó con rapidez, como siempre, más no como hoy. Algo ocurría... la historia continuaba invocando a la entidad que le acompañaría por siempre, más allá de la muerte si fuese preciso.

Página doce. Una mirada flotaba a escasos metros de la suya. No le agradaba, era comprensible que no luciera totalmente humana, pero había algo más...

Página trece. Ya la aparición era más visible. Si... no era la figura amable que hubiese deseado. Aun así, lo que empezaba a preocuparle era que, al parecer, la pluma había tomado vida propia... cada vez menos era él quien la guiaba. Las ideas fluían a su mente y su mano obedecía, volviéndole tan solo lector involuntario de lo que escribía. Había oscurecido. ¿O solo así se lo figuraba? Con gran esfuerzo decidió suspender, la entidad le impelía a continuar, mas logró desprenderse del sitio y dirigirse a su lecho. Agradeció mentalmente que iniciara el fin de semana. Así vio transcurrir el resto de la noche; su sueño era tenso, por momentos en vigilia y siempre advirtiendo la dura mirada instándole a continuar. Se levantó de madrugada, tal vez amanecería en dos horas. Se preparó un café tan fuerte que seguramente no requeriría de alimento a lo largo del día.

Página quince. La historia avanzaba hacia su fin. Una mano invisible le guiaba. Continuaba siendo tan solo lector. Era el momento de comprender: en el cuento su propio espíritu se preparaba a abandonarle en tanto otro tomaría su lugar. El escritor intentó protestar, más las palabras no salieron de su boca ante una mirada por momentos más penetrante. Intentó abandonar la pluma... cambiar el curso de la historia... ¡en vano!

Página dieciocho. Continuó leyendo las palabras que fluían. La entidad se presentó: un espíritu de anteriores existencias siempre en triunfo. Hacía trescientos años ya que moraba en su plano —un tanto contemplativo— y había decidido regresar, ingresando a un cuerpo cuyo propio espíritu había consentido el intercambio. Le garantizaba hacer de él un hombre nuevo, con el talento y la voluntad de lograr al fin sus sueños literarios. El inicial temor del escritor se trasmutaba en comprensión, aceptación y luego euforia. La historia continuó hasta llegar al instante del cambio. El hombre sintió un relámpago en su cerebro, una sensación de abandono... nuevamente de plenitud y finalmente de una gran energía. Se incorporó... no era ya León Valter. ☒

---

**Walter Schaefer** (Ciudad Juárez, 1957). Abogado y escritor mexicano, coleccionista de arte en general y colaborador de *Archipiélago*. Autor de los libros *Puente Sobre el Abismo*, *Dante, una Mirada a Otro Mundo* y *La Fuerza de la Unión*.

